

Los hombros más altos del mundo

Por Graciela Guerrero Garay

Pienso. Y está ahí en la semilla que crece y se cultiva. En quien decide muchas veces el destino del hogar y los hijos. Padre es esencia y vida, por encima de cualquier virtud o apotema humano, logístico o matemático.

Es amor y trae el don de recibir el primer baluceo de su estirpe. La magia de tener las manos rudas y más fuertes. Callosas en la ternura del tiempo y las esperanzas. Privilegiadas en dar seguridad y compañía. Padre es un halo de fuerza que te cubre.

Cada día está dondequiera que estemos, y nos salva la rutina del espasmo. Nadie como él nos levantará del suelo ni caminará por los trillos empedrados, a prueba de llagas y desvelos. Nadie.

La herencia de la sangre, el sudor de la familia, el tacto en la oscuridad, el silbido de ale-

gría, la sombra dibujada en las paredes. Encuentro de juegos, aciertos y desaciertos cotidianos.

Padre es estirpe que se clava en el pecho cuando la nave parte. El fuego que alimenta los recuerdos y sana las nostalgias. La cordura que endereza torcidos recovecos del alma. El papalote enorme, gallardo y guía en medio de vientos caprichosos o molestos.

Pronto será tu Día, Padre. Un Día, Papá, que el almanaque marcó para decirte una vez más que "te quiero". Pero ni creas, siempre, en cualquier fecha, habrá una frase de amor. Tampoco dudes de que tus manos se olvidan porque no las toco. Estás en todo, y por suerte ya se rompe el mito de que tú, mi padre, puedes ser cualquiera. Qué locura... solo tú eres vena de mi vena y el dueño legítimo de los hombros más altos de este mundo.

Te quiero, Pa.



Foto: Reynaldo López Peña

En el nombre del padre



Por José A. Fernández Salazar

“REALMENTE mamá tiene ventaja”, pensé cuando mi esposa, madre primeriza, sostuvo entre sus manos a nuestro hijo, con toda naturalidad. Ella tuvo nueve meses para conocerlo, aprender sus horarios, saber si es comilón o inquieto.

Yo me tenía que conformar con los cuentos que me hacían al llegar del trabajo, las pataditas de medianoche y pasarme dos o tres horas hablándole a una barriga porque decían que después reconocería mi voz.

Mamá tiene hormonas, instintos desarrollados en milenios de evolución, que le permiten comunicarse con él desde las primeras horas. Y por supuesto, ella es la única habilitada biológicamente con mamas: alimento, medicina y tranquilizante en las madrugadas. Papá tiene cuerpo de hombre, que no es aerodinámico y posee una compulsión genética a ser torpe cargando bebés.

Tuve que aprender a fuerza de perretas y sin manual de uso, cayendo en centenares de estereotipos y lugares comunes de papá primerizo como, por ejemplo, gastarse una hora para armar pañales y que luego no cumplan su función.

Pronto descubrí que la sociedad también nos ha dado un papel de

telonero. En las consultas iniciales, mientras los doctores revisan a la embarazada de punta a cabo, al esposo le orientan análisis de sangre para detectar enfermedades de transmisión sexual, y nadie lo interroga para saber si está estresado o le duele algo y tampoco le dan dieta.

Cuando llega la hora de armar la canastilla, la cuna y las miles de cosas que la tradición exige comprar para el niño en camino, a papá no le preguntan si le gusta aquella toalla verde o azul o si el mosquite-ro es de copa o cuadrado.

Luego viene el proceso del parto. En muy pocos lugares lo dejan que acompañe a la mujer en el Salón, él queda relegado a ser un simple espectador y en algunos casos, transportador de comida hacia el hospital, porque la familia cubana cree firmemente que la salud entra por la boca.

Entonces vivirá el momento de presentar a la criatura, y no falta el socarrón que dice: "Te salvaste, menos mal que se parece a su madre". Y ahí a papá enseguida se le suben los colores.

En Cuba desde hace algunos años existe la posibilidad de acceder a la Licencia de Paternidad, pero apenas unos 200 hombres han optado por esta opción. La mayoría alega causas económicas o la necesidad de priorizar la lactancia, pero nadie oculta un poco

de machismo. ¡Qué nos haríamos los cubanos en países como Suecia, donde es obligatorio que el padre por ese concepto pase al menos tres meses con sus hijos!

Y ni hablar de las consultas de seguimiento. Personalmente he visto cómo algunos papás responsables se han aparecido en el consultorio médico con sus retoños y han tenido que regresar a buscar a mamá, "por indicación de la doctora".

La famosa doble jornada de la mujer un año después del parto, él la comienza desde el principio del principio. Madrugadas largas de guardia frente a la cuna, y luego ir al trabajo y "gestionar" (esto, por supuesto, es un eufemismo) la malanga, el plátano y todos los ingredientes de la papilla o puré.

Cuando al final del día llega cansado al hogar, alucinando con disfrutar al crío, este se ha dormido o no quiere saber de ese hombre extraño que lo aleja de mamita. Por eso papá tiene que malcriar un poco a su hijo y acostumbrarlo a dormirlo en el balance o paseando por la casa, para hacerse imprescindible en tales menesteres.

A veces hay madres condescendientes que enseñan a sus bebés a decir primero "papá", pero la alegría dura poco cuando se descubre que utilizan esa palabra para designar todo lo que ven o tocan, reforzando cierto injusto refrán sobre nosotros.

Esa desventaja crece con los años. Nos toca ser el malo de la película cuando hay que regañar o dar respuesta negativa, aun cuando la que se opone es quien lo trajo al mundo, pero ella debe mantener su imagen de cariñosa y comprensiva.

No voy a hablar de que el Día de los Padres hay menos postales y flores a la venta o que en la escuela, adonde primero llaman si pasa algo, es al trabajo de mamá; o que en la oficina todos entienden que ellas deben salir temprano para recoger a sus hijos, pero ponen caras largas si el permiso lo pide papá. No voy a quejarme, si a fin de cuentas, ser padre es también, demostrar cada día, no ser un cualquiera.

Papá por decisión

Por Yuset Puig Pupo

Cuando Lucas llegó a la vida de Leidi fue como si todos los desencuentros de ambos hubiesen tenido un propósito. Ella asegura que el calor la hizo desfallecer en una cola cualquiera, y al abrir los ojos él estaba ahí, abanicándola con su Expediente Laboral.

La acompañó a casa, esa y muchas otras tardes. Y justo después del primer beso, nació la confesión que cambiaría sus rumbos: "Estoy embarazada...". Leidi recuerda que Lucas caminó hacia la puerta y pensó que sería el último capítulo de aquel idilio, pero el muchacho pálido, aún temblando, decidió quedarse.

Para él no resultó fácil. Su familia de primer golpe le dio la espalda. Aquello clasificaba como la mayor "tontería" del siglo. Nadie podía entender que quisiera hacerse cargo de una mujer que esperaba el bebé de otro, una desconocida, una...

Pero siguió adelante. Colgó sus pulóveres en el clóset de Leidi y puso cariño en la pancita que crecía. Le hablaba y cantaba en las noches. Con el tercer salario compró la cuna y ambos pintaron lunas, nubes y estrellas para asegurar a su niño un trozo de cielo.

Recuerda las cuatro horas que se pasó en el pasillo, cerca del Salón de Parto, escuchando los gritos de su mujer, la impotencia de estar allí, sin poder hacer nada...Y cuando la enfermera le puso entre los brazos a la criaturita y le dijo: "Papá, aquí está tu hijo", confiesa que lloró desconsoladamente, como si no mereciera tanta felicidad.

Al pequeño le llamaron Adrián más los apellidos de los dos. Y la vida siguió su curso inexorable. Lucas lo llevó al salón de la infancia, lo enseñó a montar bicicleta, le hizo su primera carriola y estuvo des-

velado todas las noches por el mínimo malestar de la cabecita revuelta que se dormía en su regazo.

El progenitor biológico un día entró en escena. Y fue el propio Lucas quien le contó a su retoño que no llevaban la misma sangre, pero que los afectos son cosa mucho más fuerte. La conexión entre ellos venía de lo profundo, de un lugar en el centro del pecho, que late continuamente a la izquierda.

Numerosas veces cargó con la desconfianza de algunos parientes por no ser "familia". Sufrió el cliché de que los padrastros no siempre muestran las mejores intenciones. Hay anécdotas tristes que hasta hoy le atormentan.

Y lo más irónico sucedió después. Leidi quiso buscar una hembra para formar la parejita, ya Adrián tenía 10 años y ellos aún eran jóvenes. Lo intentaron por varios meses y nada parecía funcionar, ni siquiera la miel de güira, o los brebajes de medio barrio.

Después de tratarse con los especialistas en Fertilidad en el hospital Guevara, Lucas descubrió que padecía un raro trastorno del hipotálamo que impedía a sus espermatozoides fecundar algún óvulo.

Como en otros momentos importantes, recibió la noticia con un temblor que le recorrió el cuerpo entero. Pero en las paredes verdes de aquella consulta pensó en el destino, en las leyes divinas, en su acertada decisión de ser el padre de Adrián cuando solo tenía 24 años y una carta de ubicación laboral.

Agradeció a la doctora y se fue. Esa tarde, a las puertas de la escuela, le dio a su muchacho el abrazo más fuerte de todos, y pensó para sus adentros que solo serían ellos dos, pues aquel era el único hijo que la vida le ofreció y él había sabido aceptar.